

CUERPO POLÍTICO DES-CENSURADO Y QUIEBRE DE LA FAMILIA PATRIARCAL EN LA EROGRAFÍA CONTEMPORÁNEA

Arthur Freddy Fokou-Ngouo*
Universidad de Yaundé I (Camerún)

RESUMEN

El presente trabajo enfoca el tema de la erografía desde una perspectiva subversiva. Pretendemos ir a contracorriente de la ideología mantenida por la familia patriarcal y repercutida en la sociedad que se inspiró en ella, la sociedad falócrata. Basándose en el feminismo radical norteamericano de finales del siglo XX, se procura atender a cómo las autoras se valen de la narración del cuerpo-sexo a efectos de transgredir el significado que se ha venido atribuyendo tradicionalmente a la familia androcéntrica. Así, este estudio quiere contemplar la narración del cuerpo-sexo como un arma de resistencia a la ideología de larga duración ostentada por la familia falocéntrica y que fundó el patriarcado con fines transgresivos.

PALABRAS CLAVE: cuerpo político, cuerpo des-censurado, erografía contemporánea, subversión, patriarcado.

DE-CENSORED BODY POLITIC AND SUBVERSION OF THE PATRIARCHAL FAMILY IN CONTEMPORARY EROGRAPHY

ABSTRACT

This work addresses the issue of erography from a subversive perspective. It is a question of going against the ideology framed by the patriarchal family and reflected in the society that was inspired by it, the patriarchal society. Based on the radical American feminism of the late 20th century, it will be a question of highlighting the way in which the authors narrate the body-sex in order to transgress the values traditionally attributed to the phallogentric family. Thus, this study wants to consider the narration of the sex-body as a weapon of resistance to the ideology spread long-term by the patriarchal family and on which the patriarchy was based, in order to subvert the latter.

KEYWORDS: body politic, de-censored body, contemporary erography, subversion, patriarchy.

0. INTRODUCCIÓN

Desde tiempos inmemoriales hasta hoy en día, el cuerpo femenino ha venido constituyéndose en objeto de una notable permanencia, hasta beneficiarse de un tratamiento especial. A partir de la creación del patriarcado allá en el neolítico (Lerner), el cuerpo de la mujer comenzó a instrumentalizarse contra su voluntad en el seno de la familia patriarcal recién nacida. Así, se le atribuyeron dos funciones específicas: la placentera y la reproductiva. La sexualidad femenina se convirtió en una mercancía antes de la civilización occidental, y la aparición de la agricultura en el neolítico impulsó el *intercambio de mujeres* para evitar guerras o por sus servicios sexuales y reproductivos (Lerner). A esta primera instrumentalización patriarcal le sucedió otra feminista, a efectos que suelen ser subversivos de la primera. Así, florece la narración del cuerpo femenino en la erografía contemporánea como arma defensiva contra la ideología patriarcal. El presente trabajo enfoca, pues, el tema de la erografía desde una perspectiva subversiva de la ideología de la familia patriarcal, y sus repercusiones en la sociedad que se inspiró en ella, la sociedad patriarcal. Descansando en el feminismo radical norteamericano de finales del siglo xx, nuestro artículo procura obviar cómo las autoras se valen del cuerpo des-censurado para transgredir los valores que se han venido atribuyendo tradicionalmente a la familia patriarcal. Para llevarlo a cabo, definiremos previamente el cuerpo-erográfico, y luego veremos su tensión transgresiva en tres novelas contemporáneas, *El cuarto mundo* de Diamela Eltit, *La rendición* de Toni Bentley y *El llanto de la perra* de Guillermina Mekuy.

1. LA EROGRAFÍA, UN CONCEPTO CONCILIADOR

Hoy en día, la sexualidad se aborda invariablemente en la literatura con cada vez mayor imaginación y vivacidad. Si ayer constituía la fracción maldita de la literatura y, por consiguiente, formaba parte de las fantasías libertinas que había que proscribir, el tema de la sexualidad es en la actualidad centro de interés literario de los escritores actuales.

Cuanto más se abunda desde la escritura en todo lo relacionado con el cuerpo, más manifiesto resulta lo divergente de categorías definitorias al respecto. El erotismo sería moralmente aceptable mientras que la pornografía no: «lo erótico es lo que se muestra, mientras lo pornográfico es lo que se demuestra» (Iwasaki Cauti 112). Al fin y al cabo, son nociones de declinación cultural variable que se entreveran y entrecruzan en el lenguaje: «entrar en la batalla dialéctica de los límites que marcan y definen lo amoroso, lo erótico, lo pornográfico, lo sensual y demás parentela lingüística es batalla perdida» (Infantes 69). La antinomia oponía dos series: erotismo/arte/sugerir/sublime por un lado, y, por el otro, pornografía/comercio cri-

* E-mail: arthur.freddy@yahoo.fr. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7654-4870>.



minal/mostrar/grosero (Lissardi). En todo caso, no puede dejar de reconocerse que las fronteras entre erotismo y obscenidad han presentado una fluctuación histórica.

Frente a la inestabilidad nocional, Brulotte propone el concepto de *erografía* (6), que se reclama neutral y unificador. La palabra soslaya la distinción introducida a menudo entre erotismo y pornografía. Por eso, son llamadas obras erográficas todas las formas de representación de la actividad sexual. Se trata de un concepto interpretativo que se puede utilizar válidamente para analizar todo lo relacionado con la sexualidad en la literatura.

2. CUERPO EROGRÁFICO Y RESISTENCIA PROPORCIONAL

El cuerpo erográfico es una herramienta fundamental que se hizo famosa en la lucha por la rehabilitación social del *segundo sexo* (Beauvoir), hasta convertirse en arma central de desideologización feminista. Es el argumento más simbólicamente utilizado por ser una respuesta mediante la cual las mujeres se desgajan de la sujeción masculina, en re-acción a la confiscación de su sexualidad por el varón en tiempos prehistóricos. Lerner y Rubin sostienen que en la subordinación de las mujeres el *cuerpo* constituía el elemento de máximo condicionamiento, de modo que tenía un valor de alto grado en la sociedad de producción, y eso debido al mérito de su valor reproductivo: «la sexualidad de las mujeres, es decir, sus capacidades y servicios sexuales y reproductivos, se convirtió en una mercancía» (Lerner 310). La historiadora austriaca advierte que nunca las mujeres se convirtieron en *cosas* ni se las veía de esa manera, pues lo que se cosificaba y se mercantilizaba era su *sexualidad y su capacidad reproductiva*: la distinción es importante.

Esta subordinación sexual de la mujer en la diacronía histórica permite entender mejor lo que ocurre en la sincronía contemporánea y su reivindicación de visibilizar el *cuerpo sexual*, pues es como una especie de revancha o venganza proporcional a la primera sujeción. El *cuerpo-feminista* para des-construir el *cuerpo-patriarcal*, ese es el desafío del movimiento de lucha por el enderezamiento sociocultural de la mujer. Este último se convierte en un receptáculo ideológico que vehicula las reivindicaciones feministas. Se trata de un cauce que permite la transmisión y la propagación de la ideología subversiva que desempeña la mujer en las tramas. Como la dominación de la mujer ha sido realizada a través de la confiscación de su sexualidad, ella decidió emprender el camino inverso, es decir, utilizar el mismo cuerpo ideológico pero como aparato de desideologización. Así, el *cuerpo* femenino se convierte en el lugar de un férreo combate ideológico entre patriarcado y feminismo, varón y mujer, subordinación y liberación. De esta forma, insistir en el *cuerpo erográfico* no es una casualidad en las novelistas estudiadas, sino el fruto de un elaborado programa dirigido hacia una meta inequívoca, el destronamiento de la organización falocéntrica, que se alcanza por la disgregación de la unidad familiar en las narraciones contemporáneas objeto de análisis.



3. POESÍA CORPÓREA DES-CENSURADA

Con respecto a su materialización, la estética del cuerpo subversivo no resuena de la misma manera en los relatos contemporáneos analizados. Las figuras erográficas instrumentalizadas por los novelistas a veces difieren de una novela a otra, pero se alcanza una permanencia a nivel temático, esto es, una erografía subversiva del *cuerpo patriarcal* mediante el *cuerpo feminista* erotizado a contracorriente.

3.1. INCESTO Y DES-DIABOLIZACIÓN

Desde un punto de vista histórico e incluso prehistórico, el *incesto* es la figura en torno a la cual se erige la sociedad «civilizada». Las cavilaciones de Levi-Strauss (1985) sobre el *parentesco* permitieron localizar el periodo histórico en el cual el tabú incestuoso se transformó en un principio organizador de un nuevo mundo y de una nueva realidad en las relaciones interpersonales. En el neolítico, el *tabú del incesto* ha permitido la transición entre la sociedad «primitiva» y la sociedad «cultural», o, puesto de otro modo, entre el estado de *naturaleza* y el de *cultura*. Aquí empieza la diabolización o construcción del valor peyorativo que se le anexa a esta palabra hasta los tiempos contemporáneos. La subordinación de la mujer en el mismo periodo resultó también fundamental en la erección de la sociedad cultural: «la prohibición del incesto no es tanto una norma que prohíbe el matrimonio con la madre, la hermana o la hija, como una norma que obliga a dar la madre, la hermana o la hija a otros. Esta es la regla suprema del obsequio» (Levi-Strauss 481). Esta prohibición imposibilita las uniones endogámicas y abre el camino a los matrimonios exogámicos.

La teoría de Levi-Strauss es afianzada por Freud y su *complejo de Edipo*, que contempla el falo como templo del poder. Cuando se separan de la madre, las mujeres no tienen la posibilidad de dar media vuelta a causa del tabú heterosexual. También el acercamiento al padre (un padre simbólico) resulta problemático y su única opción de obtener un falo es constituirse en elementos de canje en la red de intercambio de los padres, de modo que su realización social transita por la ley de la exogamia.

Estas cavilaciones son fundamentales porque ubican inequívocamente el nacimiento del «diablo» asimilado al concepto de incesto en la fundación de las primeras familias patriarcales. Así, el tabú del incesto es una invención artificial de larga duración pero tan aferrada en los espíritus humanos que su origen parece ser de formación natural. Pensadoras del feminismo re-accionario (Rubin, Millett y Firestone) aseveran que «la opresión ejercida por el sistema sobre las mujeres es solo parte de la represión sobre la sexualidad humana y sus formas de satisfacción» (Fernández Domingo 17).

Si la construcción del Estado ha sido posible gracias a la familia patriarcal, la única manera de asaltarlo sería mediante la destrucción de esta última (Firestone). Destruir la relación *reproducción-producción* en la familia sería el camino absoluto que emprender para socavar la dinámica fálica. Esta lectura de Firestone adquiere una importancia imprescindible en la comprensión del incesto en Eltit. No sorprende



que se haga cargo de la línea artificial detrás de la invención del tabú del incesto, otorgándole un valor que contrarresta el del patriarcado. No es posible entrar en la visión de la chilena sin hacer dialogar la realidad actual con la histórica (Fuentes 144).

Este vaivén histórico parece imprescindible para comprender la *filosofía ética de liberación* (Dussel) en Eltit (*El cuarto mundo*). El incesto de la heroína —«me posee toda la noche. María Chipia me posee toda la noche» (87)— es un recurso narrativo para destronar la familia patriarcal en la que vive la protagonista: «mi padre, anciano y cruel» (85). Una familia donde el sentimiento de lo patriarcal se había agudizado con la doble «violación» que padeció la mujer enferma por parte del marido para dar a luz a los mellizos. La «violación» simboliza la posesión por el marido de la sexualidad y reproducción de la mujer (Lerner). Así, la concreción de forma iterativa y reiterativa del incesto —«a oscuras jugamos a los mellizos en la noche. Un juego íntimo, húmedo y lleno de secreciones» (88); «me maldigo y maldigo mi canto, azotándome igual que una ramera que hubiera pasado la noche en una celda de hombres condenados a muerte» (99-100); «a horcajadas, terriblemente gorda, estoy encima de María Chipia tratando de conseguir el placer» (113)— que logró romper la unidad familiar tenía como meta última el destronamiento de la familia patriarcal, y, con ello, de la organización que se inspiró en ella, la sociedad falocéntrica.

Enfocando la lectura del incesto desde el radicalismo feminista, nos percatamos de un canto a las represalias, estas últimas nacidas de la previa violación de la madre mediante la cual el patriarca recordó el poder que tenía sobre el sexo de su mujer. A través del narrador autodiegético y omnisciente, que lo sabe todo incluso antes de que ocurra, la melliza se entera del acto de «violación» de su padre y decide re-accionar ayudando a su madre: comete incesto, una vez, dos veces, y otra más. De esta forma, el incesto, ahora leído como adulterio, es instrumentalizado por la mujer en su combate, lo que precipita la familia hacia el encierro.

El incesto es, pues, una réplica proporcional a la violación de la mujer, que se ensaña con la organización *pilar* del patriarcado, la familia, y logra romperla. Eso se manifiesta en el abandono de los padres de sus roles tradicionales y en su huida de la casa: «María de Álava y mis padres abandonaron la casa» (121). Así, se mantiene un cruce entre el tabú del incesto en la prehistoria y la plasmación llevada a cabo por la autora chilena. Como sostiene Carlos Fuentes, «la novela es el instrumento de diálogo en este sentido profundo: no sólo el diálogo entre personajes, como lo entendió el realismo social y psicológico, sino el diálogo entre géneros, entre fuerzas sociales, entre lenguajes y entre tiempos históricos contiguos o alejados» (144).

Diamela Eltit, influida por Millett, discute la teoría de Freud, pero sobre todo la de Levi-Strauss: «Kate Millett ya no los mira como padres indiscutibles, sino que se sitúa ante ellos en un plano de igualdad», declara Moreno Sardá en Millett (10). Provista del *cuerpo-sexo*, la heroína desanda el camino de esta teoría y logra disolverla, junto con todas las jerarquías basadas en criterios sexuales y raciales. Así, las relaciones sexuales son políticas: «Basta sustituir las categorías sexuales por otras clases políticas. Si, en lugar de referirse al varón y a la mujer, se aplicase a los blancos y a los negros, facilitaría un cuadro perfecto de las expectativas y de las condiciones hipotéticas de la sociedad racista» (Millett 404).



Con esto, capturamos definitivamente lo simbólico que se esconde detrás del incesto en Eltit. Es un acto de resistencia contra el exclusivismo masculino y de venganza contra la agresión «salvaje» del marido, a sabiendas de que la narración del incesto engendraría el fracaso de la unidad familiar, del patriarcado y de todas las jerarquías sociales que se amparaban en él (Millett). De esta forma, antepone la revolución de la mujer a toda otra revolución social, pues las injusticias sociales se darán por alcanzadas cuando se esfume completamente la familia patriarcal: «la liberación de la mujer se daba por hecha en el momento mismo en que desapareciera la familia patriarcal entendida como una unidad de producción económica» (Fernández Domingo 29).

3.2. DESENGAÑO Y DECLIVE DE LA INSTITUCIÓN FAMILIAR

Tras el incesto destructor en Eltit, aquí pondremos de manifiesto otras armas de resistencia «a-familiar» —entre adulterio y fornicación— que nacen todas del desengaño o desilusión que sufrieron las heroínas tras el matrimonio.

Resaltemos primero el adulterio. El hecho de tener sexo extraconyugal es, para la mujer, una manera de negar al marido, la relación entre los dos y, sobre todo, implica re-adueñarse del cuerpo que le ha sido arrancado. Por la erotización, la mujer logra convertir el cuerpo en herramienta para satisfacer sus deseos de reconquista del territorio perdido. Ver en las heroínas una simple voluntad de placer sexual sin mirar más allá sería menguar el alcance de sus acciones y convertirnos en meros reduccionistas. En la desaprobación del «cuerpo patriarcal» por medio del adulterio, se superpone la negación misma de la institución en la que se ampara, la familia.

En Eltit, la adúltera es la madre, y eso se debe al desengaño devenido de las repetidas violaciones del varón: «mi madre cometió adulterio [...] y se entregó [...] a la lujuria bajo el techo de la casa» (75). No sólo tiene sexo a espaldas de su marido, sino que lo hace en su propia casa. El tener adulterio en casa es una re-acción cuya meta es cuestionar mediante la resistencia a toda forma de jerarquización basada en criterios sexuales. Se analiza también como una venganza por la creencia de que el *cuerpo-sexo* de la mujer le pertenece al varón. Así, la mujer destroza este modo de pensar afirmando el *re-adueñamiento* de su *cuerpo-sexo* antes confiscado. Esta honda subversión banalizada por la *indiferencia* de la heroína constituye una afrenta directa contra la familia y termina por romperla: «el adulterio de mi madre derribó con un empujón brutal a toda la familia [...] y precipitó el encierro» (75).

En su caso, la heroína de Bentley (*La rendición*) vive casada y se divorcia por desengaño: «abandoné a mi marido después de 10 años. Él ya no me veía, y ni siquiera supo que yo tenía ojo del culo» (71). La mujer se entristece por la insatisfacción sexual, pues a su marido no le gusta sexo «a-reproductivo», como el coito anal. Desengañarse de la familia provoca asco en la mujer, pues la considera un obstáculo para su felicidad, una cárcel: «mi anillo de casada sólo me había recludo, arrebatándome [...] tanto la libertad como el amor» (89). Para ella, las imposiciones tornan inaccesibles la plenitud de los cuerpos y la armonía en la familia. Así, de garante del amor según el patriarcado, la familia se convierte en asesina del mismo: «la decepción



es un excelente maestro, siempre y cuando una sobreviva a los desgarros de su ideal romántico. Después de mi matrimonio, yo estaba predispuesta, abierta y furiosa» (91). La decepción es tal que no puede creer más en la sociedad, cuando se sabe que nace regida por la familia patriarcal: «nada de lo que [...] proponía la “sociedad” en cuanto a la manera de relacionarme tenía para mí ningún mérito» (91-92). De esta forma, la heroína le confiere a la familia una letanía de desvalores que contraría al patriarcado. No cree en ella, pues es un espacio de condena y sufrimiento eternos: «ya había sorprendido a varios hombres deseando el matrimonio –y me había casado con el mejor de todos– y había encontrado sufrimiento para dar y vender» (198). Aquí se fija la visión de la familia de la mujer. No quiere una relación eterna, sino un *polvo* transitorio: «no quería un compromiso para toda la vida; quería un compromiso sexual. Al menos, durante unas horas» (199). Rechazando el matrimonio, niega también la familia. Sin matrimonio, no hay familia: «el matrimonio es el marco de la sexualidad lícita. “No cometerás adulterio” quiere decir: no gozarás carnalmente fuera del matrimonio» (Bataille 82), pues la prohibición de la Iglesia está para asegurar la perenne dominación del hombre sobre la mujer (Leleu). Si para la Iglesia «la prostitución es una lacra» (Bataille 100), Bentley le profesa una verdadera adoración hasta tal punto de afirmar que mejor quedarse sola que casarse: «después, tan sensibilizada estoy que rehúyo de todo contacto y [...] deseo quedarme sola» (377), porque considera dicha institución la del desengaño constante: «yo ya había padecido el celibato en mis diez años de matrimonio» (429).

Parecido desengaño colorea las páginas de Mekuy (*El llanto de la perra*). La protagonista Eldaina, su madre y Mercedes plasman sexo *a-familiar*, fornicación y adulterio, dos figuras que aclaran la visión de la mujer frente a la institución familiar. A la madre no le gustan las amarras de la vida familiar. Por eso, engaña a su marido con casi todo el mundo y ante los ojos pasmados de sus hijos: «era una mujer sexualmente muy libre y sus escándalos se comentaban en toda la ciudad. Mis hermanos mayores no querían verla y se avergonzaban de su modo de proceder» (23-24). Los escándalos e incluso el asco que produce en sus hijos no le importan ni un bledo. No le importa tener una familia, sino el sexo, el dinero y la libertad que encuentra y da a cada vuelta de esquina: «nunca [...] estuvo enamorada de mi padre y se casó para poder disponer de su enorme riqueza y escapar de la ruina en la que había caído su familia» (23). Tampoco desea niños: «Ella cumplió su papel, dándole todos los hijos que él deseó, pero siempre le fue infiel» (23). Ni siquiera su amor por ella la hace cambiar. Tiene el corazón de una madre, pero está determinada a vivir libre y tener una sexualidad abierta, núcleo de la alegría y la paz: «quería vivir con ella, ir donde ella fuera. Hasta que un día entendí que ella no quería que estuviéramos permanentemente en su vida. Que sólo deseaba riqueza y libertad» (24). Así, la expectativa de la familia como garante de la felicidad desaparece ante lo que *propone* la mujer en Mekuy, y supera así lo que *impone* el discurso patriarcal.

Además, se aclara la actitud indiferente de Mercedes, que, en su propia casa, tiene sexo adulterino: «Mercedes atrajo hacia sí a Juan, besándole ardientemente. Me aturdió un poco ver así a mi hermana, en su propia casa, con su marido fuera y sus hijos durmiendo y delante de mí» (63-64), o lo planifica cuando fuera está su marido: «en el momento en que se vuelva a marchar Osmualdo, y ya está cerca,



traeré aquí a Juan y a Sergio. – ¿Aquí mismo? / – Nos encerraremos en mi cuarto y celebraremos una orgía, ¿te apetece? / – Sí, mucho» (74). Ante la sorpresa de la protagonista –¿aquí mismo?–, Mercedes contesta con calma e indiferencia pasmosas. Lo que no deja de apuntalar su actitud pasota e irreverente respecto del marido y de la familia, ya que no se preocupa por sus niños presentes: «y sus hijos durmiendo». Así, al igual que la madre de la protagonista, Mercedes no cae en el sentimentalismo maternal y decide vivir una *orgía*, que forma parte de las sexualidades grupales donde se buscan el placer frenético y el desenfreno erótico (Toepfer 10). Estas palabras de Mercedes muestran inequívocamente lo que piensa de la familia. Con la *orgía* en su casa y sobre todo en la cama familiar, la mujer se libra definitivamente del ahogo masculino.

A continuación, Eldaina no tiene respeto alguno para la familia, ya que acepta fornicar con un hombre casado: «¿Quieres que sea tu amante? No me importa. Incluso me gusta» (122). Su decisión, detenidamente reflexionada –así cuenta el texto–, nos enseña mucho sobre la consideración que tiene de las instituciones del matrimonio y la familia: «no me importaba nada. Ni siquiera que estuviera casado. Sólo quería volver a tener su cuerpo a mi lado, sobre el mío. [...] “Soy su esclava”» (122). A esta mujer, nada le importa sino el goce sexual. Le da igual la familia que nace del matrimonio, condición *sine qua non* para la cristiandad. Su felicidad reside en las relaciones placenteras sin amarras, libres y continuas. Parecida actitud de indiferencia total a la familia ocurre también cuando Eldaina se torna protagonista activa de la destrucción del hogar de su hermana, al participar en orgías, adulterinas para unos y fornicadoras para otros: «Sergio me penetró y, mientras lo hacía, Mercedes me acariciaba el pelo y me miraba» (69). De esta forma, el sexo des-censurado se ensaña con la familia fálica para desplomarla y así aniquilar las disparidades sociales que se amparan en él: «para vislumbrar las repercusiones políticas del citado cuadro, basta sustituir las categorías sexuales por otras clases políticas» (Millett 404).

Como puede notarse, el desengaño llena la vida de las heroínas. Quienes se encuentran en situación familiar acaban sintiendo un desengaño completo que los empuja a buscar paliativos a la insatisfacción familiar. Ya se trate de la heroína de Bentley, que termina divorciándose del marido por el sufrimiento en que vivía, o de la madre de la melliza en Eltit, quien engaña a su marido por la insatisfacción familiar resultante del gran poder masculino, o incluso de la madre de la protagonista y Mercedes, en Mekuy, que engañan respectiva y reiteradamente a sus maridos por la falta de libertad en sus hogares respectivos, las tres novelistas vehiculan el *desengaño* para justificar el declive del marco familiar. El desengaño y la desilusión las llevan a re-accionar desde el margen, instrumentalizando su *cuerpo-sexo*, a efectos de proclamar el fin de la institución familiar construida desde hace mucho tiempo por el varón. Ya no es el lugar idóneo para la expresión del supuesto amor «legítimo» ni de la sexualidad «lícita»: «el matrimonio es el marco de la sexualidad lícita» (Bataille 82).



4. OTRAS MANIFESTACIONES «A-FAMILIARES»

Tras la estética del cuerpo erográfico como vector de superación de la institución familiar, se revelan otras características corporales que tienen la misma meta. Las más llamativas son la negación a dar a luz, la negación de la familia a través del divorcio o el abandono del marido.

En efecto, con relación a la negativa al alumbramiento, en Eltit se materializa dos veces y en forma de «violación» en cada caso. La primera «violación» ocurre al principio del relato, cuando el padre fuerza a su esposa a tener sexo sin tener en cuenta lo precario de su salud:

Un 7 de abril, mi madre amaneció afiebrada. Sudorosa y extenuada entre las sábanas, se acercó penosamente hasta mi padre esperando de él algún tipo de asistencia. Mi padre, de manera inexplicable y sin el menor escrúpulo, la tomó, obligándola a secundarlo en sus caprichos. [...] Ese 7 de abril fui engendrado en medio de la fiebre de mi madre (11).

Si por esta «violación» –el uso de *obligar* lo confirma– el varón afirma su posesión del sexo femenino (Bourdieu 60), representa otra realidad no menos legítima. El hecho de que la mujer quede directamente embarazada no puede impedirnos pensar que quizás se niegue a tener sexo porque está ovulando. Por eso, no querer relaciones sexuales en ese momento simboliza su voluntad de no querer hijos, que son la base de toda familia y también de su consolidación.

Tras la primera «violación», a renglón seguido acontece la segunda, pese a que el estado de la mujer ha empeorado: «al día siguiente, el 8 de abril, el estado de mi madre había empeorado notoriamente. Mi padre la contemplaba con profunda desesperación. Sin duda por terror, la tomó al amanecer sin mayores exigencias y de modo fugaz e insatisfactorio» (11-12). Parece insensato y tirano el comportamiento del marido. Pero aquí es patente que el acto sexual no es de corte placentero. El placer es una construcción que requiere tiempo para asentarse bien (Leleu). Pero en la obra no es así. El acto del marido es *fugaz e insatisfactorio*, lo que silencia una finalidad gozosa del coito. Y si no es para gozar, ¿para qué se atreve el hombre a contactar sexualmente con su esposa enferma? Esta problemática afianza el pensamiento del marido, que sabe, por el ciclo de la mujer, que es un momento propicio para la nidación: «ese 8 de abril mi padre había engendrado en ella a mi hermana melliza» (12).

Como se verifica, la actitud del padre puede interpretarse de diversas maneras. Primero, deja pensar en la desesperación. Aprovecha la enfermedad de su esposa para embarazarla. ¿Por qué espera sólo este momento de debilidad para hacerlo? Quizá se encuentre en la incapacidad de encararse a ella cuando está sana. Y frente a esta desesperación, aprovecha la única ocasión para satisfacer su paternidad. La primera interpretación desbroza el camino a la segunda, visto que si aprovecha la enfermedad femenina significa que cuando la mujer está sana podría negarse totalmente a dar a luz. Y es la tesis que sostenemos aquí. La negativa de la mujer a tener hijos deja al descubierto toda su ideología *a-familiar*, pues, como ya se ha mencionado, los niños asientan y solidifican la unión familiar. Además, no querer dar a luz es



una afrenta dirigida contra el sistema fálico, ya que si en la historia se ha inventado el *intercambio de mujeres*, era con fines sexuales y reproductivos para poder enfrentarse a la solicitud creciente de mano de obra en las plantaciones agrícolas y tierras ganaderas (Lerner). De manera que negarse a dar a luz es un arma de resistencia muy feroz ante la ideología de la familia patriarcal. La mujer promueve la disgregación del marco familiar por su «a-maternidad». Así, frente a la «violación» del marido que casi la condena en el seno del matrimonio, la mujer re-acciona con un adulterio destructor. El tejido textual sería, pues, una sucesión de intrigas imbricadas unas sobre otras, aglutinadas en torno a la trayectoria fronteriza de la mujer. Dicho esto, la ideología elitiana es sumamente transgresiva de la *sciencia sexualis* (Foucault) y sobre todo de la institución en la que se ampara, la familia.

En el relato de Bentley, el sexo «a-familiar» se plasma de maneras diversas. Como ya queda expresado, vive en relación «legítima» durante más de 10 años, y luego se divorcia. En la trama, se evocan unas cuantas razones –falta de libertad, insatisfacción sexual, desesperación, etc.–, de entre las cuales ya se ha insistido en la última en párrafos anteriores. Al lado de estas razones, se suma otra: el rechazo a los niños junto con la posibilidad de formar una familia completa. En efecto, después de diez años de vida, no tiene ningún hijo. Ni siquiera se nos habla de una posibilidad de embarazo. La narración pasa por alto todo lo referente a que la mujer quede embarazada. Pese a todos sus encuentros sexuales, ni una sola vez se menciona a la mujer como madre. Este aspecto de la maternidad está totalmente borrado, silenciado. Esta invisibilización de lo procreativo de la mujer, tanto en la familia como fuera de ella, es la expresión misma de la desobediencia a los mandamientos divinos de *fructificad y multiplicaos* y también a la voluntad reproductiva en la cual se funda el sistema fálico, la negativa a procrear incluso en espacios supuestamente «lícitos». Esta negativa, en su caso, es una afrenta a la política familiar: «por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne» (Génesis, 2: 24). De esta manera, la respuesta de la mujer a la maternidad, y por consiguiente a la familia, es el rechazo, como habían preconizado las feministas que lucharon en contra de la *maternidad femenina*, al identificarla como una vía de subordinación de la mujer (Beauvoir; Firestone).

Además, la inclinación frenética al sexo anal, que no es sino la vía recta al placer y a la imposibilidad de procreación, afianza la tesis del desamor al que se entrega la mujer en lo referente a la familia. Su gusto hiperbólico por la sodomía no es sino un índice de silenciamiento de la maternidad: manteniendo relaciones anales, la mujer no corre el riesgo de quedar embarazada. Así, el coito anal se convierte en arma de resistencia contra la maternidad.

En lo tocante a Mekuy, las acciones «a-familiares» se materializan en muchos niveles. Primero, cuando la madre de Eldaina y Mercedes se niegan a dar a luz, hasta tal punto que sus maridos las constriñen. La primera se casa por el dinero, lo que es en sí una actitud «anormal». Luego, no desea niños; a pesar de tener nueve hijos, ninguno de ellos ha sido deseado: «ella cumplió su papel, dándole todos los hijos que él deseó, pero siempre le fue infiel» (23). El fragmento textual revela que a la mujer no le gustaba tener hijos, pero los hizo sólo bajo la presión del marido. Esta interpretación de la madre «no-maternal», que incluso derrumba los presupes-



tos teóricos freudianos, que consideran que a la mujer le toca el amor incondicional hacia el niño (Millett; Firestone), se afianza en la huida de esta última, después de haber dado satisfacción al marido y haber aprovechado su riqueza: «que sólo deseaba riqueza y libertad» (24). Así, la madre no se interesa por nada, sino por ser libre sexualmente, rica para viajar a todas partes y así encontrar a amantes diferentes: «Sabía que mi madre seguía viajando por el mundo, y poseía una casa en otra ciudad; tenía dinero, el que se había llevado después de la separación de mi padre, el que éste le había dado o el que ella le había quitado durante muchos años» (32).

De este modo, la narración evidencia el desamor de la mujer por el matrimonio y la familia. Estas dos palabras, que suenan a «valores» en la epistemología androcéntrica, las heroínas las sustituyen por otras dos, dinero y libertad en el mundo femenino.

La segunda, Mercedes, tampoco quiere tener hijos. Si termina haciéndolo, es sólo por miedo al marido y a la violencia física y moral que ejerce sobre ella: «por miedo, tuvimos dos hijos más» (80). No se debe vincular el divorcio en el que piensa Mercedes solamente por la falta del maltrato físico por parte de Osmualdo. Esta mujer era, de joven, ya muy libre sexualmente: «al fin y al cabo, Osmualdo no parecía capaz de controlar y cambiar su vida» (29). Otro ingrediente para afianzar la «a-familiaridad» de la mujer en Mekuy es el hecho de que Mercedes se negó a casarse, tras quedarse embarazada después de sus muchos y continuos amoríos. Frente a esta negativa, su padre utilizó el arma financiera, amenazándola con quitarle su herencia, artimaña que hizo que ella aceptara finalmente, por lo que se pudo celebrar el matrimonio: «Mercedes, al principio, rechazó la idea del matrimonio pero, ante la ira de mi padre y las amenazas de desheredarla, optó por el camino más sencillo» (29). El chantaje del padre encaja completamente con las teorías de Millett que estipulan que la liberación de la mujer se dará por hecha cuando desaparezcan la familia patriarcal y su monopolio económico. Así, primero a través de esta negativa a formar una familia y, luego, debido a la negativa a tener hijos en el matrimonio, también Mercedes troca estas dos instituciones –matrimonio y familia– por el sexo libre y el dinero.

La visión «a-familiar» se encuentra también representada por Eldaina. Tras todos sus encuentros sexuales, ni una sola vez se menciona su maternidad. En la trama, multiplica el sexo con muchos amantes. No se nos habla de contraceptivos de forma alguna, pero Eldaina no se inquieta por el embarazo. La voluntad de la autora resulta muy reveladora de la ambición implícita en las acciones de esta mujer. Silencia el lado maternal y representa iterativamente el sexo «libertino». Así, la narración de Mekuy defiende el derecho de la mujer a disponer de su cuerpo como quiere, sin dar cuenta de nada ni a nadie. Si no es al final de la novela, el embarazo no interviene en la vida de la heroína, a pesar de lo pronto que se manifiesta todo su legado sexual.

De lo que precede, nos damos cuenta de que las mujeres de las tres novelas deciden discutir la hegemonía de la institución básica del Estado, la familia patriarcal. Su arma, la erogafía de los cuerpos, permite des-construir el exclusivismo de la familia patriarcal para construir, a la par, modos diferentes de pensar el amor y la felicidad, de relacionarse sexualmente con los hombres. Cuando se lanzan a narrar el *cuerpo-sexo*, el verdadero cometido de las novelistas desde el principio es destro-



nar la institución de la familia, supuestamente garante de la sexualidad «lícita», de la «felicidad», del «respeto» o incluso de la «dignidad». No la sustituyen por una «Alternativa» exclusivista, sino por «alternativas» feministas. Trazan una línea recta hacia la superación de la familia patriarcal por procesos de des-diabolización y *des-tabuización* del patrón erográfico patriarcal en la institución familiar. Dicho de otro modo, las heroínas realizan una desideologización completa del sustento principal del patriarcado, la familia patriarcal, a efectos de socavarla y así alcanzar la verdadera libertad. Haciéndolo, se emparentan con Simone de Beauvoir cuando afirma inequívocamente que matrimonio y maternidad constituyen dos viáticos por donde transita la señoreación del hombre sobre la mujer. Este proceder rupturista permite el declive de la familia vertical exclusiva e inaugura el nacimiento de relaciones horizontales inclusivas.

CONCLUSIONES

Este artículo nos ha permitido demostrar que en *El cuarto mundo*, *La rendición* y *El llanto de la perra*, el cuerpo erográfico de la mujer junto con la estética sexual que gira en torno a él les sirven de armas desideologizadas a las tres novelistas a efectos de subvertir la institución pilar que precedió el florecimiento de la sociedad patriarcal, la familia patriarcal. Los textos de las novelistas no ambicionan plasmar el sexo en el seno familiar destinado a una lectura lineal, sino volver a la consciencia de las novelas de cara a transparentar qué ideología se esconde detrás de estos. Con una sola voz, las novelistas llevan a cabo una reflexión transgresiva de la familia patriarcal saltándose la ideología implícita desde el momento de la formación de las primeras uniones matrimoniales desde hace más de dos milenios. Sus planteamientos ubican sus obras dentro de la corriente feminista de finales del siglo XIX y principios del XX, específicamente la del feminismo radical norteamericano, que hacía del derrocamiento de la familia patriarcal, o forma institucionalizada básica del Estado, la condición previa *sine qua non* a la disgregación de las jerarquías sociales basadas exclusivamente en criterios sexuales. Se ve en ellas un cuestionamiento hondo de las bases o pilares que permitieron la erección de la sociedad «moderna» hace más de 2500 años, la misma que resistió las barreras temporales para seguir jerarquizando la vida social hoy. Se comprometen con la búsqueda objetiva de la verdad sin recurrir a los «fundamentos» que facilitó la ciencia masculina, sino moviéndose con un arma feminista desideologizada —el cuerpo-sexo— con el fin de subvertir la familia patriarcal junto con el sistema que se inspiró en ella, el patriarcado. La profusión erográfica no es sino un arma de resistencia de la mujer frente a la dominación masculina por medio de la destrucción de la familia fálica, y eso ocurre en muchos niveles. Si el incesto logra destruir el tabú que fundó la familia falocéntrica contradiciendo de paso las teorías de Levi-Strauss y superando el *complejo de Edipo* freudiano, las demás figuras y acciones erográficas, nacidas del desengaño y de la desilusión en el seno familiar, consiguen una subversión ideológica, colocándose en el más allá de la ideología de la unión idónea, de la alegría y de la felicidad eternas que se le confirió el varón para legitimar la creación de todo el sistema patriarcal.



Desde este enfoque, estas tres novelas tienen una profunda intencionalidad crítica. Mediante un diálogo histórico entre épocas diferentes, dejan al descubierto el lado culturalmente construido y callado detrás del patriarcado, debilitando simultáneamente las teorías masculinas que lo consideraban una emanación natural. Así es como las novelistas participan en la remodelación de los comportamientos humanos.

RECIBIDO: 1-7-21; ACEPTADO: 6-3-22



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BATAILLE, George. *El erotismo*. Barcelona: Tusquets Editores, 1997.
- BEAUVOIR, Simone de. *Le deuxième sexe*. Paris: Gallimard, 1949.
- BENTLEY, Toni. *La rendición*. ESPA PDF, 2004.
- BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2000.
- BRULOTTE, Gaetan. *Cœuvres de chair. Figures du discours érotique*. Paris: L'Harmattan, 1998.
- DUSSEL, Enrique. *Filosofía ética de la liberación*. III. Niveles concretos de la ética latinoamericana. Buenos Aires: Ediciones Megápolis, 1977.
- ELTIT, Diamela. *El cuarto mundo*. Buenos Aires: Planeta, Biblioteca del Sur, 1988.
- FERNÁNDEZ DOMINGO, Carmelo. *Sobre el concepto de patriarcado*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza. Tesina, 2013.
- FIRESTONE, Shulamith. *La dialéctica del sexo: en defensa de la revolución feminista*. Barcelona: Kairós D.L., 1976.
- FOUCAULT, Michel. *Histoire de la sexualité I: la volonté de savoir*. Paris: Gallimard, 1976.
- FUENTES, Carlos. *La gran novela latinoamericana*. México D.F.: Alfaguara, 2011.
- INFANTES, Víctor. «Primer registro hispano de parodias eróticas. Tanteos para una crónica gozosa de la virilidad literaria», en Antonio Cruz Casado (ed.), *El cortejo de Afrodita: ensayos sobre literatura hispánica y erotismo*, Málaga: Universidad de Málaga, 1997, pp. 69-88.
- IWASAKI CAUTI, Fernando. «Las bragas de Pitágoras: Teorema en torno al erotismo y la pornografía», en José Antonio Cerezo, Daniel Eisenberg, Víctor Infantes (eds.), *Los territorios literarios de la Historia del Placer. I Coloquio de erótica hispana*, Madrid: Huerga y Fierro, 1996, pp. 107-114.
- LELEU, Gérard. *Le traité du désir*. Paris: Flammarion, 1997.
- LERNER, Gerda. *La creación del patriarcado*. Barcelona. Crítica, 1990.
- LEVI-STRAUSS, Claude. *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona: Planeta Agostini, 1985.
- LISSARDI, Ercole. *La pasión erótica: de sátiro griego a la pornografía en Internet*. Buenos Aires: Paidós, 2013.
- MEKUY, Guillermina. *El llanto de la perra*. Barcelona: Plaza y Janés, 2005.
- MILLET, Kate. *Política sexual*. Madrid: Cátedra, 2010.
- RUBIN, Gayle. «El tráfico de mujeres: notas sobre la «Economía Política del sexo». *Revista Nueva Antropología*. VIII. 30 (1986), pp. 95-145.
- TOEPFFER, Karl Eric. *Theatre, Aristocracy and Pornocracy. The Orgy Calculus*. New York: PAJ, 1991.

